



JUNTA DEPARTAMENTAL DE SAN JOSÉ

TERCER PERÍODO ORDINARIO

XLIX LEGISLATURA

ACTA 98

30 de junio de 2023

SESIÓN EXTRAORDINARIA

◆ ASISTENCIA

En la ciudad de San José de Mayo, el treinta de junio de dos mil veintitrés, a las veinte y catorce, se reúne la Junta Departamental de San José en sesión **EXTRAORDINARIA**, bajo la presidencia de la señora Edila

María Fernanda Castro

Ediles titulares: Jorge Chápper, Walter Faggiani, Mercedes Antía, Melissa Hornes, Mario Guerra, Danilo Vassallo, Marcelo Rodríguez, Mikaela López, Roberto Curbelo, Gervasio Cedrez, Manuela Sacco, Susana Gásperi, José Hodel, Marcelo Pianzola, Javier Gutiérrez, Hebert Figuerola, Ana Piñeyrúa, Gerardo Viña, Inés Rodríguez, Carlos Ribeiro, Daniel Blanco, Mariela Peláez, Estela Álvarez y Alfredo Lago.

Faltan, con aviso, la señora Edila Bettina Cerdeña; **sin aviso,** Luis Eduardo Odriozola; **con licencia,** los señores Ediles Ernesto Ubal, Gonzalo Simone, Claudio Parodi, Sofía Mansilla, Lorena Saavedra, Ana María Cardozo y Gabriela Muñoz.

Asisten, como invitados, la Intendente de San José, Cra. Ana María Bentaberri; el Secretario General de la Intendencia, Dr. Sebastián Ferrero; el Senador Oscar Andrade; los Diputados Nicolás Mesa y Ope Pasquet; el señor Juan Martín de Posadas; la señoras Marcela Barrios y Nadia Oxacelay, y los señores Mauricio Viera y Erwin Klassen.

Actúan en Secretaría: el Secretario General Andrés Pinaluba y la Secretaria Sofía Belsterli.

Taquígrafos: Imanol Pereira, empresa MAPE.
Jefa Subrogante del Cuerpo de Taquígrafos: Ana María Valerio Bergamaschi.

Secretario político de la presidencia: Agustín Moreira.

Intérpretes en lenguas de señas: Agustina Ferro y Johana Ferreira.

Esta convocatoria corresponde al Repartido 098/2023.

◆ COMIENZA LA SESIÓN

SEÑORA PRESIDENTA. Hay número en sala. Damos comienzo a esta sesión extraordinaria del viernes 30 de junio de 2023.

(Es la hora 20:14).

◆ ASUNTOS A TRATAR

SEÑORA PRESIDENTA. Secretaría da lectura al único punto del orden del día.

(Se lee).

A 50 años del golpe de Estado, disertaciones a cargo de legisladores y ex-legisladores nacionales.

SEÑORA PRESIDENTA. Para dar comienzo a la sesión, primero queremos decir que la Intendente acaba de avisar que va a llegar unos minutos más tarde por estar en otro compromiso.

Saludamos a las autoridades presentes: al Diputado Nicolás Mesa; al Secretario General de la Intendencia, Sebastián Ferrero; a las autoridades partidarias, Marcela Barrios, Nadia Oxacelay, Mauricio Viera, Erwin Klassen, y a los oradores que van a compartir con nosotros esta noche, al señor Juan Martín de Posadas, al senador Oscar Andrade, y al Diputado Ope Pasquet.

También quiero agradecerles y saludar a las compañeras y compañeros ediles porque todos y todas compartimos el mismo sentimiento por el que estamos reunidos esta noche. Compartimos algo, que puede sonar reiterativo por estos días, pero no menos importante porque es lo que nos une, que es el sentimiento de «nunca más». Un nunca más de muchas cosas. Un nunca más de terrorismo de ningún tipo; un nunca más de conquista del poder por fuera de las urnas; un nunca más de persecución, de cárcel, de sometimientos, de secuestros; un nunca más de persecuciones por diferencia de pensamientos; un nunca más de confrontación desde la violencia y desde

deterioros democráticos, que después finalizan en una disolución de las Cámaras, como sucedió en junio de 1973.

Además de ese sentimiento compartido, que es el que nos une y nos lleva a tener acuerdos como este, quiero traer a sala la visión que algunos países vecinos tienen de nosotros como país, la que quedó plasmada en algunos titulares que pude leer estos días. Uno, por ejemplo, decía: «Uruguay conmemoró los cincuenta años del golpe de Estado». «Es hora de cerrar el duelo», dijo Mujica. Otro expresaba: «Ex-Presidentes uruguayos coincidían en que esa violencia puede volver a repetirse». Un tercer titular decía: «50 años del golpe de estado en Uruguay y aún hay algunas heridas abiertas».

Todos coinciden en aplaudir y celebrar las instancias que se han desarrollado en nuestro país en diferentes puntos y le dan un valor inigualable, valor que de repente nosotros mismos desde dentro no llegamos a ver o a valorar.

Para cerrar, quiero traer algunos mensajes que dieron nuestros ex-Presidentes. Voy a comenzar en orden cronológico. Julio María Sanguinetti puso énfasis en el crecimiento y evolución de nuestro país y en la necesidad de reasumir el compromiso cívico para que este «nunca más» tenga un profundo contenido.

Lacalle Herrera hizo un llamado a cada compatriota de nunca más descalificar al otro por pensar distinto o por votar otro partido político.

José Mujica habló de esta como una instancia de afirmación de la democracia y la responsabilidad política, así como de la necesidad de una causa nacional que nos unifique por encima de los antagonismos. Agregaba que debemos cuidar la convivencia porque, en definitiva, cuando nosotros cuidamos la convivencia lo que estamos cuidando es la democracia.

Cerró el actual Presidente Luis Lacalle Pou, quien se centró en que para que el «nunca más» sea cierto, tiene que haber un «para siempre democracia»; democracia que, como instrumento creado por el ser humano es un instrumento imperfecto, pero

que sin duda es el mejor instrumento que tenemos.

La democracia se construye día a día en diferentes ámbitos. Construir es muy difícil y destruir puede ser solo un instante. Ese es el espíritu que hoy nos reúne, que debemos tratar de mantener en esta construcción cotidiana, continua de democracia en la que nosotros, los dirigentes políticos, somos quienes debemos dar el ejemplo.

Para continuar vamos a darle la palabra a cada uno de los oradores de esta noche.

Tiene la palabra el señor Edil Walter Faggiani.

EDIL WALTER FAGGIANI. Gracias, señora Presidenta.

Autoridades presentes, señores ediles, señoras edilas, prensa, señoras y señores, señora Presidenta: me ha correspondido el honor de que mis compañeros de bancada me designaran para hacer la presentación de nuestro invitado: el exsacerdote y ex-Senador don Juan Martín de Posadas.

Según su biografía, que obtuve de internet, nació en Montevideo el 19 de junio de 1935, por lo cual tiene 88 años recién cumplidos. Es hijo del abogado, político y empresario Gervasio de Posadas Belgrano y de María Luisa Montero. Es hermano del ex-Ministro de Economía y Finanzas y ex-Senador Ignacio de Posadas.

Fue sacerdote desde su juventud y, ante el golpe de Estado de 1973, se dedicó a la actividad opositora al régimen, militando en el Movimiento Por la Patria. A partir de 1981, comenzó a escribir en el semanario nacionalista *La Democracia*, opositor a la dictadura, del que fue director hasta 1985. Fue integrante del Directorio del Partido Nacional durante los años 1983 y 1984, directorio que surgió de las elecciones internas de los partidos celebradas en noviembre de 1982 bajo condiciones muy especiales de falta de libertad de expresión y con partidos y candidatos proscritos, pero que comenzaron el camino para el regreso a la institucionalidad que había quedado trunco en el fracasado plebiscito de 1980, que rechazó una Constitución elaborada por el Consejo de Estado, que era inaceptable.

En 1984, el señor de Posadas fue electo Senador, por lo cual debió renunciar a su condición de sacerdote. En las elecciones de 1989, acompañó al Movimiento Nacional de Rocha, y resultó reelecto, abandonando posteriormente su banca para asumir la presidencia del Consejo Directivo del SODRE, cargo que ejerció hasta su renuncia en noviembre de 1991. En 2004, acompañó al señor Jorge Larrañaga integrando una lista junto a Francisco Gallinal.

Además de esta actuación política, es escritor y autor de los siguientes libros, entre otros: *Navidades uruguayas*, editado por Barreiro y Ramos en 1977; *Hoy ya es mañana*, editado por Editorial Por la Patria en 1986; *Memorias del regreso*, editado por Editorial Fin de Siglo en 1993; *El País que no quiere morir*, editado por Fin de Siglo en 1996; *Que la noche no tenga razón*, editado también por Fin de Siglo en 2006.

Actualmente tiene una columna semanal en el diario *El País* y colabora regularmente con el *Semanario Voces*.

Si me permite, señora Presidenta, quiero hacer alguna reflexión personal y dejar planteada una interrogante que siempre me surge. En el mismo decreto de disolución del Parlamento se establece la creación del Consejo de Estado y se empiezan a reclutar nombres de políticos que claudicaron de sus condiciones democráticas, de empresarios, de profesionales, de técnicos para integrarlo. Mientras tanto, algunos otros políticos deben emigrar y otros inician la resistencia de la manera que pueden en forma clandestina.

Por lo tanto, vemos que, mientras algunos actores políticos que tenían el deber de defender las instituciones se ponen al servicio de la dictadura, hay algunos sacerdotes, como el caso de nuestro invitado, o como Luis Pérez Aguirre, que dejan la comodidad del templo y salen a arriesgar sus libertades y hasta su vida para adherirse de distinta manera a la resistencia a la dictadura.

Entonces, me pregunto: ¿qué los llevó a esos sacerdotes a tomar patrióticamente esa actitud militante, mientras que otros, que estaban obligados a hacerlo, no lo hicieron;

no estuvieron a la altura de las circunstancias, no asumieron sus responsabilidades y no cumplieron con su deber.

Le cedo el uso de la palabra al señor Juan Martín de Posadas.

SEÑOR JUAN MARTÍN DE POSADAS. Muy buenas noches para todos.

En primer lugar, quiero agradecer la invitación de la Junta de San José. A este acto tengo el honor de haber sido invitado y agradezco la invitación, pero considero que tenía la obligación de asistir. A este tipo de eventos que se están repitiendo en todo el país en ocasión de la conmemoración de los infaustos acontecimientos del 27 de junio de 1973 y años aledaños es una obligación asistir.

Quiero adelantar para no desilusionar demasiado rápido al auditorio que yo soy — si se puede decir— un escritor. Mi modo de expresión es la escritura; no soy un orador. Son dos oficios muy distintos. El escritor trabaja sentado; el orador siempre está de pie; el escritor trabaja solo, en silencio; el orador necesita público porque si no, no tiene sentido su oratoria. No obstante, voy a hacer lo posible por salirme de mi oficio de escritor y ponerme la ropa de orador por un ratito.

Estas sucesivas y múltiples conmemoraciones que han tenido lugar en estos días en todo el país y en todos los ámbitos son muy importantes en varios sentidos. La inquietud de los pueblos por conocer su pasado no es un deseo de saber cómo fueron las cosas, sino que es una pregunta sobre el presente, es decir cómo venimos a ser lo que somos. El pasado es una explicación del presente. Por eso ni este ni ninguna evocación del pasado —a no ser las que hagan los científicos, los historiadores, en los museos— no son inquietudes del pasado sino siempre del presente. En ese sentido, todas las reflexiones que se están haciendo en el país son la búsqueda en el pasado de explicaciones del presente.

El darse cuenta de las cosas siempre es positivo. La historia no es lo que pasó, sino lo

que se cuenta de lo que sucedió. Hay muchas narraciones de la historia. Hay una página muy interesante de la novela *La risa y el olvido* de un autor checoslovaco, Milán Kundera. Allí uno de los personajes dice que es común que el hombre está preocupado por el futuro, pero no es así porque la gente está interesada en el pasado. Él dice: «en ese laboratorio donde se retocan las fotos y donde se reeditan los discursos». Y creo que en cierta forma es así.

En estos momentos, en que estamos recordando esta fecha hay un aspecto fundamental en el que me quiero centrar. El conjunto de tristes y oscuros episodios, que tienen una fecha emblemática en el 27 de junio, tienen un relato, más o menos, como el que sigue. Durante un período en el Uruguay empieza a haber un descrédito de la política. Y elegí este tema porque al final de todo lo que voy a decir quiero hacer una reivindicación de la política.

El PBI del año sesenta y pico para adelante empieza a caer sucesivamente, lo que genera que el ingreso de la gente también decaiga. Además, está el descrédito de la política que se condensa en dos aspectos. Por un lado, surge el movimiento antisistema, que es el movimiento guerrillero tupamaro, que ve un Uruguay decepcionante, con una clase política que, a su entender, no estaba a la altura de las circunstancias. Eso en el ambiente en general tenía cierta resonancia. Dejemos de lado si era justo o injusto ese juicio. Como en todas las cosas, en ese conjunto de los políticos algunos merecían ese juicio y otros no, pero pagan justos por pecadores.

Por el otro lado, había un movimiento de organización antisistema constituido por los militares golpistas, que tenían el mismo mal concepto de la política. Pensaban que era un grupo de gente con privilegios, que no sabe gobernar a este país que es facilísimo de gobernar, en dos patadas lo arreglamos. Imaginan un Uruguay dibujado sobre el paradigma del cuartel, así como la otra fuerza antisistema habían imaginado un país dibujado sobre un mapa socialista, comunista o lo que sea.

Esa claudicación en la fe democrática está muy entrelazada con una crisis de confianza

en los partidos políticos, en el sistema político y en los hombres políticos, en las cosas. Eso lo debemos tener en cuenta y creo que los que han organizado este tipo de actos lo tienen muy en cuenta.

Los símbolos son muy importantes. Aquí la Junta Departamental de San José —al igual que muchas otras instituciones, como la Presidencia, el Senado la Asamblea General, etcétera— invita a hablar de esto a tres dirigentes partidarios —aunque yo no soy dirigente partidario, pero me identifican con un partido—, o sea, a representantes de todos los partidos políticos para hacer una reivindicación del valor de la política. Ese simbolismo es algo que tenemos que guardar, es lo que me trae acá, con la edad que tengo, porque es una obligación.

Uno habla mucho y escucha mucho hablar de la democracia, pero la democracia sin partidos políticos no existe. En Uruguay hay una tradición muy fuerte de valorización de los partidos políticos como expresión auténtica del país. El símbolo que se constituyó estos días a raíz de que la convocatoria para estas conmemoraciones ha sido a todos los partidos, sin exclusión de ninguno, tal como decía el mensaje en el obelisco que leyó Candau «a todos los partidos». Y no está de más subrayar el «todos» porque algunos se sienten más legítimos que otros. Los partidos se legitiman por la gente que tienen atrás. La legitimación se la da la gente que los vota.

Reitero, todos los partidos han sido convocados para estas conmemoraciones y ese simbolismo es lo que hay que remarcar y enfatizar.

Me parece que lo más valioso es enfatizar que la fecha del 27 de junio evoca, entre otras cosas, la desconfianza de un país entero en su sistema político y en sus partidos políticos. Si había causas para desconfiar o no es algo secundario. Lo que hace este país, que ya hace muchos años ha recuperado el ejercicio de la democracia —con altos y bajos— es volver a la luz de aquello que pasó para reivindicar la importancia de los partidos políticos. Y la obligación que tienen estos de responder a esa importancia, todos los integrantes de los partidos, no solo las cabezas, que sé que lo

están haciendo, sino también para abajo, acordándose de que representan a un partido, que no hablan por sí solos y que la apertura es importante.

Asimismo, quiero subrayar que el país necesita estos días y siempre un sentido de conciliación. En el ambiente hay rispidez, agresividad, mucho chisporroteo. Al país le conviene prestar atención a todo lo que sean convocatorias de reconciliación o conciliación, que me gusta más.

Hay algo que ha sucedido que es simbólico y que quiero traer acá. Me refiero a la renuncia en simultáneo de Sanguinetti y Mujica. Eso es un símbolo importantísimo; eso construye republicanismo. Mujica formaba parte de ese movimiento antisistema que desconfiaba de los políticos. El tipo se está jugando la ropa en cuanta ocasión puede; sale con Sanguinetti, que fue su adversario político.

El otro día me invitaron de Canal 10 e hice mención a esto. Primero les dije que había escrito peste de Mujica y también de Sanguinetti; pero tengo que reconocer que los tiempos cambiaron y me sacó el sombrero ante lo que están haciendo; es constructivo, es simbólico. Esas dos personas están de vuelta valorizando lo que es la política como tiene que ser. Lo que primó en el período dictatorial, que nosotros rechazamos y queremos dejar atrás, era una mentalidad militar, que también la tenían los revolucionarios. La mentalidad militar funciona en una cabeza con un eje que dice: triunfo o derrota, victoria o capitulación. La política es lo contrario, es la negación de eso. Es una cabeza cuyo eje dice: problema o enfrentamiento y acuerdo, pacto, que nunca es definitivo porque al día siguiente hay un nuevo desacuerdo que convoca a un nuevo pacto. La política busca siempre eso no es la búsqueda de la derrota, de la eliminación, de la extirpación; es la búsqueda del acuerdo, del pacto.

El Uruguay políticamente se hizo, se construyó y maduró en la Paz de Abril, que es la que termina la Revolución de las Lanzas con Timoteo Aparicio. Allí se establece como pacto algo que fue la base de la construcción política del Uruguay posterior; establece que en Uruguay hay blancos y hay colorados, y

hay que dar un espacio a cada uno. Entonces, de una manera muy tosca se dividen los departamentos donde cada uno podía poner su jefe de policía. ¿Por qué? Porque se reconoce la realidad. En ese lugar son todos blancos, bueno, le damos ese departamento.

Cuando pasamos de revolución en revolución, donde el idioma político son las armas, se abandona ese idioma y se establece que la política pasa a ser la de pactos, la de acuerdos. No dicen que hay que eliminar a esos que están fastidiando y no dejan gobernar. No, señor, la mitad del Uruguay es de otro color.

Ahora es lo mismo, es la continuación de la Paz del 72 con la idea de que no hay futuro si no es con todos, sin exclusiones. Eso es lo que decía arriba de nuestras cabezas el día del acto del obelisco, en el parque.

Nada más. Muchas gracias.

(Aplausos).

SEÑORA PRESIDENTA. Saludamos a la Intendente Ana María Bentaberri.

Tiene la palabra el señor Edil Hebert Figuerola, quien presentará al siguiente orador.

EDIL HEBERT FIGUEROLA. Muchas gracias, Presidenta.

Buenas noches a las autoridades, expositores y al público en general que nos acompaña esta noche tan especial para nuestro departamento, enmarcada en una fecha que marcó a fuego a nuestro país, como lo fue el golpe de Estado civil-militar aquel 27 de junio de 1973, que sería precedido de esos doce años de profunda oscuridad para nuestro pueblo, que causó innumerables heridas que hasta hoy perduran en nuestra sociedad.

Con el propósito de impulsar un espacio de reflexión y un marco de respeto de todas las opiniones y visiones es que esta jornada debe contribuir al fortalecimiento de la democracia. Desde nuestra fuerza política, saludamos esta instancia que, sin ninguna duda, nos ayudará a seguir reafirmando el

valor que tiene nuestro sistema democrático y decir una vez más «nunca más dictadura; nunca más terrorismo de Estado».

Sin más, presentamos al Senador Oscar Andrade, no sin antes hacer una breve reseña para conocerlo más en profundidad.

Oscar Andrade Lallana, nació en Villa Felicidad, el 9 de agosto de 1974. Creció en una familia humilde. Es el segundo hijo de seis hermanos. Fue a la Escuela Pública 204 y al liceo de Progreso. Terminó quinto y sexto en el Liceo Bauzá. Cursó dos años de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República.

Fue líder del Sindicato de la Construcción —SUNCA— uno de los gremios más poderosos del país. Sus amigos dicen que es un lector voraz, un adicto a la poesía, un incansable impulsor de la formación política y sindical, y que tiene el rigor de levantarse a las cinco de la mañana a estudiar una hora por día.

Desde los doce años trabajó en diferentes lugares para ayudar a su familia en Villa Felicidad. Recolectaba frutas en las granjas de la zona; luego trabajó como repartidor de gas; desde los quince hasta los dieciocho años fue panadero. En ese entonces se afilia a la UJC.

Comienza trabajando como albañil y carpintero en diferentes obras en Canelones y Montevideo. Posteriormente, ingresa a la dirección del SUNCA. Estuvo desocupado; volvió a hacer changas en panadería y construcción, así como en el puerto. Trabajó en la refinería de La Teja, en UPM y en Montes del Plata. Fue pieza clave en la discusión de la Ley de Responsabilidad Penal Empresarial.

Posteriormente, asume como Diputado por la Lista 1001, integrada por el Partido Comunista y el Fidel, entre otros sectores. Renuncia a la banca para volver a la dirección del SUNCA. En 2019, tras iniciativas de movimientos sociales independientes y el propio Partido Comunista, se lanza a la precandidatura a la Presidencia del Frente Amplio. Desde febrero de 2020, asume como Senador de la República.

Le cedemos la palabra al Senador Oscar Andrade.

SENADOR OSCAR ANDRADE. Buenas noches.

En primer lugar, tengo que felicitar la iniciativa de la Junta Departamental. Es un hecho político que ojalá se emule, o sea que tengamos la posibilidad desde miradas diferentes, porque es evidente que no fuimos convocados para presentar una unanimidad en los puntos de vista históricos. La historia es un territorio de polémica, de revisión, de investigación. Pero en sí misma la actividad es un enorme gesto para que esas miradas puedan tener puntos de encuentro. Son un componente tan importante para la historia de nuestro país y para América Latina. El proceso de los golpes de Estado tiene un componente continental de la reflexión sobre las causas.

Me voy a permitir empezar un poco antes y hacer referencia a dos importantes conflictos metalúrgicos de la década del 50. El 16 de julio de 1950 —aparte de la siesta que se mandó el mono Gambetta previo al partido del Maracaná y del gol de Ghiggia—, por primera vez en Uruguay una huelga terminaba en ocupación, que fue la del sindicato metalúrgico en reclamo a la cámara metalúrgica.

Veo que está el cabezón Bianchi allí atrás, histórico dirigente sindical metalúrgico. Además, militó con Lula en Brasil; es un privilegio que este acá. Y militamos juntos cuando yo era joven, en los noventa.

Retomo. Hubo una movilización de las fuerzas del orden contra esto que el Uruguay por primera vez atravesaba. Ese conflicto termina en una negociación en la que participan dos estudiantes, uno que representaba a los trabajadores, Hugo Batalla, y otro que era el hijo del Presidente Jorge Batlle, a fin de tratar de evitar que un conflicto muy duro derivara en represión. Fue la huelga de Ferrosnalt en el cincuenta. Era un conflicto justo. Por primera vez, después de instalados los consejos de salario un sector patronal entendía que no iba a ir hacia atrás en el momento del ajuste, no iba a aplicar la retroactividad.

En la sesión del Senado, me proponía mencionar otro conflicto metalúrgico muy dramático que se dio en Uruguay en 1955,

en la misma empresa Ferrosfalt. En ese año, hay una reestructura en la que se decide despedir a ciento cincuenta y ocho trabajadores. Se inició una huelga. Estuve repasando las actas parlamentarias en las que se desprende que hay varios legisladores, sobre todo del Partido Colorado, como Zelmar Michelini —que pertenecía a ese partido— que denuncian la actitud de la Policía, en particular del Crio. Regueira, de detener a los huelguistas, con malos tratos.

¿Por qué menciono este conflicto? Porque termina con el asesinato de María del Carmen Díaz en La Teja, el 17 de setiembre de 1955. La calidad democrática que uno quiere defender no es en la que se asesinan trabajadores en una huelga. Y eso empezó a pasar en Uruguay con mucha más frecuencia y dureza.

Ese mismo año se da una acción de intolerancia cultural que llevó a que se incendiara la edición del libro en la plaza de Tacuarembó de *El viejo Vizcacha*, que había escrito Washington Benavides, porque en el libro se ironizaba a algunos dirigentes políticos de mucho poder en ese departamento. Hablamos de Washington Benavides, que fue forjador del Grupo Tacuarembó.

Estoy estudiando mucho de eso porque este martes hacemos un homenaje a Larbanois y Carrero en el Senado y Larbanois fue parte del Grupo de Tacuarembó, junto con Eduardo Milán, el «Sapo» Benavides, Víctor Cunha y tantos otros referentes de la cultura.

En cuanto la historia de los trabajadores de la industria frigorífica, quiero mencionar a su primer mártir, Ruben Paleo, en el año 1956. Recuerden que a María del Carmen Díaz la asesinan en 1955. Al «Coco» Muñoz lo asesinan a puñaladas en un conflicto en 1957. El recorrido de obreros y estudiantes, donde conjugaban dos componentes. Uno era el de las movilizaciones obreras por un conjunto de reformas y leyes. Ese año se fundó el sindicato de la construcción —que fue en mi casa— y su primera asamblea general fue en el Parque Central, lo que me enorgullece mucho, ya que a veces las pasiones se mezclan.

Esa primera asamblea general de noviembre comunicaba que se había aprobado un conjunto de leyes obreras que se venían reclamando, entre otras, la del seguro de desempleo, la ampliación de las asignaciones familiares. Esto coincidió con la movilización estudiantil por la autonomía y el cogobierno en la Universidad.

En el recorrido del año 1958 las movilizaciones estudiantiles fueron por lo menos dos veces salvajemente reprimidas. Creo que hoy todos reaccionaríamos si una movilización estudiantil pacífica es salvajemente reprimida. Una de esas represiones fue el 21 de agosto y otra el 21 de octubre; y el 10 de junio de 1958 es asesinato Urián Correa, delegado sindical, en el medio de un paro del gremio de los cinematográficos.

Mi opinión polemiza con que el problema fue que de golpe cayó una guerrilla y vinieron las Fuerzas Armadas. Quiero fundamentar eso en términos de violencia política y social, sin encapricharme con una idea. Y no estoy diciendo que en el incremento y espiral de violencia no hayan tenido que ver otros factores ni quito responsabilidad; pero pasaban estas cosas.

Asimismo, se empezaban a cercenar procesos para la demanda social. En 1956 se formó el sindicato de los trabajadores del arroz y las plataformas eran del siglo XIX y empezaban por un basta de maltratos físicos. Si bien hay antecedentes de la organización social de los trabajadores en Uruguay, dos meses antes de la dictadura de Terra, asesinaron a Julia Skorina, en medio de una organización de campesinos, en 1933. Siempre fue muy difícil organizar a los trabajadores del medio rural.

Este conflicto de los arroceros despertó mucha solidaridad en todo el sistema político. Con la aprobación del convenio, se da fin al conflicto; participaron dirigentes del Partido Nacional y del Partido Colorado. Pero la actitud del Estado al retorno de los trabajadores del arroz —el año pasado tuve la oportunidad de encontrarme con uno de esos huelguistas, que falleció este año en la Charqueada— fue que los recibieran el Ejército y la Policía y los reprimieran salvajemente. Luego los sustituyeron por

doscientos trabajadores de afuera, algunos traídos desde Brasil.

¿Esto justifica que la acción se saltara el proceso institucional? No, pero no podemos decir que no tiene ninguna relación. Si hay espacio para que el conflicto social encuentre espacios de negociación y acuerdo o si, por el contrario, de manera salvaje se reprime de tal forma que lo que queda es tierra arrasada. En este caso se arrasó con el SUDA, que era el primer sindicato en la historia del Uruguay de los trabajadores del arroz.

En 1959, les pasó lo mismo a los trabajadores remolacheros en Paysandú. Se podía denunciar en esos años, pero hoy tenemos documentos que muestran que hubo servicios de inteligencia abiertos para formar listas negras y liquidar el sindicato. Hoy lo sabemos y admite polémica. Admitía polémica en 1959. Hoy hay documentación que demuestra que se utilizó el aparato del Estado al servicio de una patronal para liquidar la posibilidad de que los trabajadores pudieran reclamar.

Después, cuando tuvimos las fichas de la dictadura, supimos que hubo espionaje en democracia desde fines de la década del cuarenta. Me estoy refiriendo a la ficha de Fernando Cuesta, cuando no había ninguna dictadura. Eso pasaba en democracia y sin que hubiera una reacción política que condenara eso diciendo que en democracia no puede haber espionaje. Eso lo tenemos que incluir en los «nunca más».

Las circunstancias de violencia en el Uruguay empeoraron. Yo tomaba algunas referencias. En el año 1960, se ataca a balazos la Universidad de la República, por bandas que terminaban después en la absoluta impunidad. En 1961, se arranca apuñalando a Jaime Pérez, dirigente histórico del Partido Comunista, en una remetida contra el local del Partido, con una lógica de siembra de odio. Se prendieron fuegos locales. Matan a Arbelio Ramírez, amigo del «Paco» Espínola. Hay intercambios epistolares con Paco, a quien hace poco homenajearon acá. Querían matar al Che, pero matan a este profesor Arbelio Ramírez. En la prensa sale la mujer a aclarar la

situación porque habían dicho que se habían matado entre ellos.

Es atacado a balazos el Diario *El Popular* durante la cena de fin de año, en 1961. En 1962, se incendian locales, como el muy emblemático de la librería Ediciones Pueblos Unidos. Quiero polemizar con la teoría de que en la década del sesenta estaba todo tranquilo. A uno no se le ocurre hoy que en esa época pasaran esas cosas. Podemos tener discusiones más duras en Twitter que en la vida real, pero a nadie se le ocurre incendiar un local partidario.

El 11 de setiembre de 1962, prendieron fuego al local del Partido Comunista en La Aguada, en un hecho que la historia recuerda poco. Allí vivían dos serenos con su bebé Olivio Píriz, que es el que muere; tenía cinco meses. ¿Alguien se imagina en el Uruguay de hoy que haya un atentado contra un local político que termine con un incendio donde muere un bebé de cinco meses? Año 1962.

Walter Motta es asesinado por la policía a pocos metros del Palacio Legislativo en una movilización de los trabajadores de la industria frigorífica, el mismo año en el que se da el golpe de Estado en Brasil y se escuchan los primeros anuncios de golpe de Estado en Uruguay. Tenemos documentación que va mucho más allá de los trascendidos de prensa, por ejemplo, sobre algunos sectores militares que después fundan la logia de los Tenientes de Artigas en agosto de 1975.

Recuerdo el reclamo de Nardone acerca de la necesidad de que los militares vengan, pongan orden y barran. Ese nivel de debate que se daba en la década del sesenta actualmente no existe, por suerte, y eso es algo a defender.

En 1965, tenemos la dictadura en República Dominicana; la dictadura de Onganía en Argentina, en 1966.

Ediles, creo que en el último período de la etapa de Gestido, desde agosto hacia adelante, sobre todo cuando se decide militarizar el puerto y el Correo y se aplican medidas prontas de seguridad por un período breve —si la memoria no me falla—, desde el 11 hasta el 23 de octubre de 1967,

las acciones del MLN en ese período eran cuasi inexistentes, y armadas cero.

Es más, mi interpretación histórica es que las acciones que toma Pacheco desde que asume, a fines de diciembre, son las que cierran la posibilidad y el espacio para algunos canales y fortalecen la perspectiva de una acción directa. Yo vengo de una tradición política que ante las peores provocaciones en la década del sesenta enfrentó en términos teóricos que el camino no era por la acción armada. Muchos de estos asesinatos eran a nuestros compañeros. A partir de diciembre de 1968, se clausuran partidos políticos y todo lo relacionado a época; se aplican medidas prontas de seguridad de manera más sostenida, y cinco mil seiscientos catorce trabajadores pasaron por la cárcel en 1968.

Las medidas prontas de seguridad no fueron contra el movimiento guerrillero. Eso es inexacto en términos históricos. Fueron contra trabajadores de la UTE, de ANTEL, de ANCAP, del Puerto. Se da un proceso de congelación de precios y salarios. Ese 1° de mayo tuvimos otra mártir, respecto a la que cometí el error de decir que era una anciana de 63 años, por lo que me están pegando hasta ahora. No lo voy a decir nunca más. Tenía 63 años esa compañera que muere ese 1° de mayo y el acto no se pudo hacer. ¿Alguien imagina un acto del 1° de mayo que termine con la Metro y la Republicana apaleando a trabajadores y llevándolos detenidos?

Repito esta cifra: cinco mil seiscientos catorce militantes sindicales que terminan presos. Hubo alguna decena antes, en octubre de 1967, con catorce trabajadores bancarios detenidos. Muchos recibieron malos tratos y hasta tortura, algo que está documentado en la investigación parlamentaria que se desarrolló en el Senado de la República, por Senadores de todos los partidos -del Partido Colorado y del Partido Nacional- aprobada por unanimidad en el año 1970. Es una documentación que pediría que se leyera.

En Uruguay entre 1967 y 1970, se torturaba gente por las fuerzas del orden; y la decena de testimonios que se recibieron

en esa investigadora eran de militantes sociales, no eran guerrilleros.

Es cierto que terminé el liceo en el Bauzá, pero di los exámenes libres porque estaba trabajando. Tenía un profesor que decía: «No le hagamos las mismas preguntas siempre a la historia, si no, vamos a tener las mismas respuestas». Hay temas en los que es necesario abrir el panorama, no para esconder errores, porque ¿quién no tuvo errores? En 1968 y 1969 actuaron los escuadrones de la muerte.

¡Vaya campaña electoral que tuvimos en 1971! Tuvo el primer desaparecido en el Uruguay. El primer desaparecido es de 1971, no es de la dictadura. Es de los escuadrones de la muerte. Esto no justifica las acciones guerrilleras. Yo puedo santiguarme porque nací después de la dictadura y estaba en una posición en la que entendía que el camino iba por otro lado, por la unidad social, por el Comité por las Libertades fundado en mayo de ese mismo año, por el Frente Amplio. La búsqueda que había que hacer era por otro lado. Polemizamos abiertamente sobre esto, tanto que Rodney se quedó de brazos cruzados.

En las elecciones de 1971, tenemos cuatro asesinados por los escuadrones de la muerte, atentados contra locales e intento de asesinato a Seregni. Tengo acá un libro que recomiendo, que es una investigación que hace Magdalena Broquetas, *Historia visual del anticomunismo en Uruguay*. Entre otras cosas, da respuesta a esto de qué pasaba en el clero, porque hasta se decía que Monseñor Parteli era comunista porque nos había acompañado en un momento muy doloroso, como fue el fusilamiento de ocho obreros en 1972, en la seccional 20 del Partido Comunista, en una provocación espantosa. Según dijera Wilson, la historia del Uruguay no registra tragedia mayor que esa, quien también nos acompañó, como lo hizo el Toba. Es más, el Toba paró una tragedia el 14 de abril cuando se votaba el estado de guerra interno e intentaron atentar contra una actividad de cientos de jóvenes comunistas en el local del partido. Es algo que vamos a agradecer siempre el habernos sentido acompañados en un momento tan doloroso.

También asesinaron a un obrero en el Cerro, en medio de la campaña electoral. Se dan las acciones del 14 de abril que son el fundamento para la votación del estado de guerra interno y después hay irresponsabilidades políticas del Parlamento. Seis veces el Parlamento de la República vota la suspensión de garantías individuales; cada vez con una mayoría más ajustada. Seis, desde abril de 1972 hasta marzo de 1973, un mes y pico después de los acontecimientos de febrero, salieron los Comunicados 4, 7 y demás. En la última instancia, la votación fue de sesenta y seis a sesenta y cuatro con votos nominales, por lo que podemos ver qué votó cada uno en esa instancia.

Tenemos el asesinato de Batalla, el Lucho, obrero de la construcción al que le parten el hígado, según se vio en la autopsia, lo que lleva a que las Fuerzas Armadas, ya en mediados de junio de 1972, hicieran caer un Ministro de Defensa, el que conoce la existencia de torturas. La primera sublevación militar importante no fue en febrero, sino en octubre, que después derivó en la presión de Batlle. En octubre, las Fuerzas Armadas desobedecen al Poder Ejecutivo e hicieron caer al Ministro de Defensa y al Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, cuando pidieron la liberación de los cuatro médicos acusados de tortura.

Es obvio que la posición correcta, en febrero, fue la de Vasconcellos y la de Quijano; no restó a esa polémica, pero no cayó febrero de adentro de un repollo. Hubo todo esto antes en términos de contexto y de acción. El golpe de junio de 1973 se da con el desafuero de Erro y con el hecho de que ya no tuvieran mayorías parlamentarias para seguir votando las excepciones, después que se dieron las situaciones de tortura al Intendente de Paysandú. Cuando ya había torturas probadas, parte de los que estaban votando se abren, quedan sin mayorías parlamentarias y van al golpe de Estado, que significó el inicio de una resistencia heroica del pueblo uruguayo, como fue la huelga general.

También voy a polemizar con aquellos que sostienen que no hubo manifestaciones

en contra del golpe de Estado, ya que esa misma noche en Laureles y Tellier —en el corazón de La Teja— los trabajadores y el pueblo en general salieron a la calle a enfrentar la dictadura de manera heroica.

Hay por lo menos dos fenómenos después que yo quiero rescatar porque me parecen muy emocionantes. La dictadura nace en medio de esta resistencia. También es cierto que nace con apoyos sociales. El lugar de ustedes en las Juntas Departamentales fue sustituido por Consejos de Vecinos, que es lo primero que pudo instalar civilmente la dictadura.

Fíjense que el Consejo de Estado —como bien decía el edil— se instaló en diciembre, pero las Juntas de Vecinos se instalaron en agosto. Es algo que hace falta investigar. Por ejemplo, estoy investigando lo que hizo la Junta de Durazno, que lo primero que resolvió fue una marcha de agradecimiento a Bordaberry por el golpe de Estado. Esos siete vecinos elegidos por el Jefe de Policía o los Intendentes que, salvo Mario Amaral o el de Rocha que renunció, quedaron después del mandato. De esto se sabe poco.

A pesar de que había quince mil políticos proscritos, cuando se da el cambio de mando con Bordaberry, después Demicheli, hubo ocho Intendentes que siguieron de largo y elegían con el Jefe de Policía representantes de las Juntas de Vecinos. Está bueno que nos paremos a discutir sobre eso que también pasó.

La dictadura inició una campaña para afiliarse a sindicatos libres. Se guardan hasta ahora en el Museo de la Memoria los afiches. Con los dirigentes sindicales presos te podías afiliarse a sindicatos libres, no de la CNT. En ese proceso, los sindicatos definieron que había que asumir el desafío de esa forma de plebiscito tan especial que proponía la dictadura y ensayar desde la afiliación a los sindicatos históricos un fenómeno de resistencia. La respuesta de los trabajadores me emociona porque arriba del ochenta por ciento se afiliaron a sus sindicatos, a los que estaban prohibidos, a los que estaban proscritos.

A fin de ese año la dictadura intentó ensayar una elección en la FEU —la

asociación de estudiantes— para elegir representantes que no fueran los de esa Federación —muchos de los cuales también estaban presos— con el fin de sacar el marxismo de la Universidad. Fue la victoria más amplia en la historia de la FEU, en la que los estudiantes votaron a su lista y ensayaron formas de resistencia memorables.

En 1974, nosotros nos quedamos sin local por ir a una huelga contra la dictadura. En 1975, la UNTMRA se queda sin local y mil seiscientos trabajadores son detenidos por ir a un conflicto en Salto Grande, según recatan estudios sobre la forma de resistencia. Ya había un ensayo del Plan Cóndor y hubo una resistencia a la dictadura por miles de formas. No se explica el triunfo del 80 sin todo ese proceso previo de resistencia, de lucha clandestina. Y eso nos encontró más porque la resistencia fue espacio para el encuentro de diversos partidos políticos que se enfrentaban a la dictadura desde distintos lugares. También colocó credenciales. Muchas veces las casas para esconder compañeros eran de militantes blancos y colorados, demócratas que ponían en riesgo su integridad para darle espacio a un militante sindical que estaba perseguido, correteado.

La dictadura fue derrotada por la lucha popular en parte por un resultado histórico de un plebiscito, que creo que en San José fue del sesenta y uno o sesenta y dos por ciento. Está en el *top* tres de departamentos en los que hubo más cantidad de votos por el no a la dictadura en esas condiciones históricas tan complicadas. Y eso es maravilloso.

Uno tiene que amar a su pueblo y eso implica amar las formas de resistencia que el pueblo tuvo para enfrentar a los usurpadores del poder, que nos dejaron como deuda pendiente muchísima cosa. Aún hay familias que no tienen los restos de sus familiares para velar. Mientras estamos haciendo esta sesión acá, se están estudiando restos fósiles de las cosas que dijeron que no habían pasado, que eran de otros países. No puede haber democracia con impunidad, sin verdad, sin justicia.

En estos dos últimos minutos quiero rescatar el papel de la cultura, que encontraba huequitos para la resistencia, con el canto, el teatro, espacios de encuentro para decir lo que estaba prohibido. Y quiero terminar con un poema, que, en un momento de represión, en la dictadura, los presos crearon para resistir, haciendo un concurso de poesía, que ganó Giúdice, el compañero de Antonia Yáñez, una de las referentes en sitios de la memoria. El poema decía: «Ha de morir la flor para que el fruto nazca. Y es a la muerte de este que la semilla arraiga, presta siempre a entregarse a una muerte temprana, para que el brote crezca, eche tronco, críe ramas, y germine en las flores que han de morir mañana. No le escribo a la muerte, aunque parezca, es falsa la creencia de que la muerte mata. La que mata es la vida, a la muerte, y avanza».

Gracias.

(Aplausos).

SEÑORA PRESIDENTA. Para presentar al siguiente orador, tiene la palabra el señor Edil Alfredo Lago.

EDIL ALFREDO LAGO. Muchas gracias, señora Presidenta.

Me toca la presentación del Diputado Ope Pasquet, a quien conocí cuando yo era niño y él muy joven. Se inició en la actividad política con uno de los personajes que evocó la resistencia a los militares. Me refiero al doctor Enrique Tarigo. Se forjó junto a él en la actividad política; escribió en el Diario *Opinar*. Luego forma la agrupación Libertad y Cambio junto con el doctor Enrique Tarigo y otros más. Sale electo diputado en 1985.

Previo a eso se recibe de abogado, se casa y tiene hijas. También ejerce la Subsecretaría de Relaciones Exteriores en el primer gobierno del Presidente Sanguinetti. Es tres veces más electo en otras legislaturas: dos como diputado y una como senador.

Nuestra decisión como representante colorado ha sido la de que Ope Pasquet pudiera explicarnos los hechos con una

subjetividad colorada, porque entendemos que en el Uruguay lo que precisamos es recordar que cuando perdemos la tolerancia y el respeto, perdemos la paz y perdemos las libertades.

Para mí es un honor que Ope Pasquet esté representando a nuestra divisa, a nuestro partido y, sobre todo, representando a la libertad, sobre la que tanto le hemos escuchado hablar en los ámbitos colorados de nuestra convención. Así que, señora Presidenta, le pido que le ceda la palabra.

SEÑORA PRESIDENTA. Tiene la palabra el señor Ope Pasquet.

SEÑOR OPE PASQUET. Gracias, señora Presidenta.

Señoras y señores Ediles, buenas noches a todos y muchas gracias por esta invitación que a mí me honra. Vengo con mucho gusto. Realmente me siento honrado al participar de este acto. Procuraré hacer mi exposición no en el tono polémico que casi siempre es de rigor en el Parlamento porque allí vamos a confrontar ideas; lógicamente se suscita la polémica y es bueno, es sano, es necesario que sea así.

No obstante, esta es una ocasión distinta. Esta es una conmemoración que nos reúne a todos y no hay condiciones adecuadas para trabar la polémica, porque si hay alusiones, no se pueden contestar; no hay posibilidades de réplica. Siento que eso me constriñe, me limita, sin ninguna violencia, pero hay que adecuarse a la naturaleza del acto. Eso es lo que yo procuraré hacer.

Sin perjuicio de eso, quiero hacer algún comentario que no pensaba esgrimir, pero que refiere a las palabras de Oscar. Francamente, no vine a discutir los orígenes de la guerrilla o de la lucha armada; creo que no es el tema de hoy, y, si me meto por ese camino, no voy a decir lo que tenía pensado y quiero decir. No obstante, voy a hacer algunas breves puntualizaciones.

Hechos de violencia, hechos aislados hay siempre, en todas partes del mundo, en las mejores democracias también. Seguramente en el Uruguay los hubo antes del golpe de Estado y en la década del 50, pero lo importante es que la visión de conjunto

supere los hechos aislados. En la visión de conjunto en los años 50 teníamos una democracia que no era ninguna maravilla, pero era de lo mejor que había en América, y así era reconocida en un contexto latinoamericano de autoritarismo y dictadura. El Uruguay era —como tantas otras veces lo ha sido y lo fue después— una isla democrática.

Cuando hubo un golpe de Estado en Guatemala y derrocaron a Jacobo Árbenz, porque se decía que era comunista, vino a refugiarse acá, porque así se veía Uruguay, tierra de asilo y de refugio, como lo fue en los años 60 cuando vino el golpe en Brasil en 1964 y Goulart vino acá a refugiarse, como también vino Brizola.

Hubo episodios de violencia, a los cuales no me puedo referir porque francamente no los conozco. Sé que murió Arbelio Ramírez, lo mataron de un balazo. ¿Quién lo mató? Hasta hoy no se sabe. ¿Fue un homicidio intencional? ¿Fue una bala perdida? ¿Qué fue lo que pasó? Nadie lo sabe.

Cuando venía alguien de afuera se sorprendía, como el Che Guevara en la Universidad, que dijo: «Uruguayos, cuiden esto que tienen porque en un país con las condiciones democráticas que tiene el Uruguay, el progreso tiene que darse a través de la vía democrática».

Esa era la visión de conjunto por encima de los hechos aislados. Precisamente, porque esa visión era compartida, en el año 1962 el Partido Comunista no se va a las cuchillas, a la lucha armada, sino que forma el Frente Izquierda de Liberación —Fidel— y va a las urnas. El Partido Socialista hizo acuerdo electoral con algunos dirigentes que habían salido del Partido Nacional y se hace la Unión Popular. Después le fue mal, pero ese es el origen de muchas cosas.

Aun los sectores más críticos del sistema —y críticos no en un sentido político, sino ideológico más profundo— concurrían a las urnas para dirimir democráticamente sus cuestiones. Los hechos aislados de violencia no llevaban a las grandes corrientes del pueblo uruguayo a tomar las armas para romper ese régimen democrático. Hubo sí otros factores que no eran ni sindicales ni

económicos, sino ideológicos. Se produjo la revolución cubana, que tuvo un enorme impacto en toda América Latina, y eso no fue de casualidad, sino deliberado y querido. También repercutió acá.

A partir de ese hecho y de quienes procuraron emularlo, se produjeron varios más. Surgió acá la guerrilla tupamara. Después, vinieron muchas cosas y un día, cuando quisimos acordar —doy este salto para no entrar en esa disquisición histórica que quise evitar— se produce el quiebre institucional de 1973. En mi opinión —que no es mía solamente—, el golpe de Estado en rigor se produce el 8 de febrero cuando el Ejército y la Fuerza Aérea, pero básicamente el Ejército, desconocen la designación del Ministro de Defensa que hace el Presidente de la República. Ese hecho es decisivo. ¿Que no se produjo sin antecedentes? Obviamente que no fue un rayo en un cielo de verano. Habían pasado muchas cosas antes y pasaron muchas más después.

Ese hecho tiene un contenido muy fuerte porque ese día los militares cruzan el Rubicón. Se acuerdan de Julio César cuando venía para Roma y tenía que dispersar a la tropa, cruzó y dijo: «La suerte está echada». El día que los militares desconocieron la autoridad del Presidente cruzaron el Rubicón. ¿Por qué? Porque, más allá de la cuestión estrictamente jurídica, había un enorme valor simbólico en la figura de jefe de Estado.

Cuando los cuerpos armados, que deben estar subordinados al poder constitucional lo desconocen, se rebelan contra él, se produce este quiebre de la institucionalidad en su ser. La mentalidad militar ya había resuelto que no iba a respetar ni siquiera al jefe de Estado. A partir de ahí, vino todo lo que vino después. La instalación del Consejo de Seguridad Nacional —COSENA— en marzo, que era la intromisión de las Fuerzas Armadas en el gobierno de la República, evidentemente inconstitucional; la disolución del Parlamento; la intervención de la Universidad; y años después, en 1977, la supresión definitiva y radical de la independencia del Poder Judicial porque ese año se dicta el llamado Acto Institucional N.º 8, que liquida la independencia del Poder

Judicial con nota de grave crueldad, ya que a la Suprema Corte de Justicia le quitan el adjetivo de Suprema. Hasta esa maldad hicieron. Quedó solamente Corte de Justicia, para que quedara bien clarito cómo eran las cosas.

Tenemos visiones diferentes sobre todos aquellos hechos, sobre la secuencia de lo que pasó, sus causas, sus explicaciones. No quiero entrar en todo eso por esas consideraciones que hacía al comienzo, en el sentido de que esta es una instancia de conmemoración, donde lo que se busca no es el choque de opiniones, el que necesitaría otro ámbito y otra regla para producirse.

Procuró comentar con ustedes las lecciones que uno trata de extraer de todo esto, qué sacamos en limpio luego de doce años de dictadura y cincuenta años después de los hechos terribles de 1973. Lo primero que digo es que lo que pasó dejó claro, a mi juicio, que la democracia vale por sí misma, que el régimen democrático vale por sí mismo, con independencia de las orientaciones políticas o ideológicas de los gobiernos de turno. A las instituciones democráticas hay que cuidarlas, respetarlas, sostenerlas y apoyarlas, gobierne quien gobierne, siempre y cuando haya llegado al poder legítimamente por el voto popular, que es la fuente de legitimidad de los gobiernos democráticos. Este concepto me parece que es fundamental.

No digo esto porque yo haga del régimen democrático un fetiche que se debe adorar en cualquier circunstancia. No se trata de eso, sino de que solo con la democracia se respetan los mínimos con los que queremos vivir. En primer lugar, está el respeto por la mayoría. ¿Quién tiene derecho a gobernar? La mayoría a través de sus representantes, porque si no gobierna la mayoría, lo hace alguna minoría. Es mucho más legítimo y justo, partiendo de la base de que todos los seres humanos somos iguales en dignidad y derecho, que gobiernen aquellos designados por la mayoría de los ciudadanos. Es la base de la democracia.

Además, en la democracia, esos elegidos por la ciudadanía no gobiernan de cualquier manera ni hacen lo que se les antoja; deben gobernar con arreglo a la ley; el poder está

limitado por la ley, es la idea del Estado de derecho, concepto básico. No se hace lo que quiere el gobernante, sino lo que el Derecho dice que debe hacer: la Constitución, las leyes, todo el orden jurídico de la República. El poder está limitado por el Derecho, y esto sucede solo con la democracia.

Ese gobierno que surge de la voluntad popular, que gobierna con arreglo a Derecho que debe respetar todo el orden jurídico, debe respetar muy especialmente los derechos humanos, los derechos irrenunciables de las personas, en cualquier circunstancia. Sobre esto voy a volver más adelante, porque creo que sin democracia no hay verdadera protección para los derechos humanos.

Todas estas razones justifican lo que afirmo en el sentido de que a la democracia hay que defenderla siempre, gobierne quien gobierne; y esto no estaba claro en aquellos años cuando se produjo el golpe de Estado. Había quienes pensaban que no tenía sentido defender una democracia a la que llamaban puramente formal, puramente burguesa, con libertad proclamada, pero vacía de contenido. Había quienes decían que esa democracia no era una herramienta hábil para defender al país de la agresión que venía del exterior, porque estábamos en plena Guerra Fría. No hay que olvidarlo; hay un contexto internacional que pesa mucho.

Unos despreciaban a la democracia y la llamaban democracia formal y burguesa sin contenido real; otros decían que era una democracia débil, que no podía defenderse, que era presa fácil del comunismo internacional, de Fidel Castro, y de todas esas cosas que se decían en aquellos años.

Los problemas que tenía en aquel momento, la ineptitud de los sucesivos gobiernos para encararlos y resolverlos, fueron generando también el descreimiento y la falta de apoyo de la ciudadanía, que en muy amplios sectores vio con cierta indiferencia el quiebre institucional de 1973. Mucha gente vio las cosas de esa manera, con distancia, con aburrimiento, sin sentir que estaba comprometido realmente algo que pudiera interesarles en forma profunda y directa. Por eso, cuando se producen los hechos de febrero, la gente estaba en la

playa y el Parlamento ni siquiera se reunió. Ese era el clima.

Esa situación se prolongó durante un tiempo. Fueron meses en los que no hubo una gran reacción contra lo que estaba pasando. Los hechos de febrero con los tanques en la calle, francotiradores en las azoteas, estaciones de radio y televisión ocupadas por los militares, ¡fue tremendo! Y después el COSENA —Consejo de Seguridad Nacional—, que jurídicamente es una monstruosidad, pero el 1.º de marzo se instaló para gobernar al lado del Presidente de la República.

No había una conciencia clara de lo que estaba pasando, entre otras cosas, porque se habían difundido los Comunicados 4 y 7, que eran una especie de programa de gobierno de las Fuerzas Armadas, con los cuales se entusiasmó mucha gente. «¡Qué bueno, mirá lo que van a hacer! Los políticos no pudieron arreglar estas cosas; de repente ahora los militares pueden». Con cierto tono progresista que tenían en aquellos comunicados entusiasmaron a mucha gente. No se vio con claridad y desde una postura principista lo que se venía.

Fíjense que en el acto del 1.º de mayo de 1973 —fecha emblemática de los trabajadores, el acto de la CNT— la plataforma contiene consignas contra la ley de enseñanza de Sanguinetti, que era de 1972; contra la COPRIN, contra la inflación, contra esto y contra aquello, pero de los militares ni una palabra, ni contra el COSENA, ni contra los hechos del 8 y del 9 de febrero; ¡nada! No se veía lo que estaba ahí. Por eso cuando se produce el cierre del Parlamento, tiene un impacto simbólico como no había tenido nada de lo que había pasado hasta ese momento.

El cierre del Parlamento, la disolución de las Cámaras, esa foto tremenda de los generales entrando al Palacio Legislativo es algo que hasta ahora me impresiona. Eso fue lo que dejó claro a todo el mundo lo que estaba pasando en el Uruguay. Hasta ese momento, había dudas. No hubo esa conciencia de que a la democracia hay que defenderla siempre, gobierne quien gobierne, nos guste o no nos guste. Si no nos gusta, la alternativa es ir y votar a otro

gobierno cuando llegue el momento, pero no buscar atajos, no buscar que, de alguna manera, por la vía armada, por la vía violenta, se empuñen las armas y venga un gobierno que resulte más acorde que lo que nosotros pensamos.

Si vamos por ese camino, entonces, no hay reglas, no hay respeto y todo queda librado al que tiene más fuerza, que normalmente es el Ejército. No es ese el camino que queremos. El asunto es defender el procedimiento democrático como única fuente de legitimidad para llegar al poder y también para ejercerlo.

Defender la democracia es, por supuesto, defender las instituciones democráticas. Si tengo que decirlo en una palabra, las instituciones son reglas, son el Derecho. Hay que defenderlas porque son el esqueleto, la osatura de la democracia, pero a su vez descansan sobre la cultura democrática, que se tiene o no se tiene. Esta es la forma de pensar de los ciudadanos. Por eso no se puede trasplantar la democracia de cualquier lugar.

Si una sociedad determinada no tiene internalizados los valores propios de la democracia, por más que se ponga la mejor Constitución del mundo no va a funcionar. Si la gente no está convencida íntimamente de los valores que le dan sustento y sentido a la democracia, por más reglas jurídicas que se consagren en los textos, eso no va a funcionar.

Uno de los valores fundamentales de la democracia es la tolerancia, el respeto por la opinión del otro, más aun el respeto por el otro, lisa y llanamente; no solamente por su opinión, sino también por su persona. Es ese admitir sinceramente, de corazón, que el otro tiene derecho a pensar lo que quiera, aunque podamos pensar nosotros que está muy equivocado; es el respeto por el pluralismo, que no es solamente soportarlo como si se tratara de una gripe que nos vino y no hay más remedio que apechugar. Por el contrario, hay que valorar el pluralismo, la riqueza democrática, el valor que tiene la opinión distinta, la mirada diferente; el reconocer que el otro puede pensar, querer, creer de manera muy distinta a como pensamos, queremos y creemos nosotros;

todos debemos tener nuestro lugar, como decía hace un rato Juan Martín de Posadas.

Asimismo, es fundamental que el tejido social que sustente la democracia sea un tejido sano y fuerte, que aguante las vicisitudes que siempre se producen en la vida de cualquier pueblo, porque dificultades todos los pueblos, todos los países, tienen, a veces muy difíciles de sortear. ¿Con qué espíritu se las sortea? ¿Con un espíritu de agresión mutua, de intolerancia? ¿O con un espíritu de decir «vamos a enfrentar esto todos juntos»? Vamos a enfrentarlos cada uno haciendo su aporte, marcando sus particularidades, sus diferencias, pero respetándonos todos. Esto es fundamental, y se había perdido en muy buena medida en aquel Uruguay de los años 60 y principios de los 70. Ese espíritu de tolerancia y de respeto por el diferente es un componente básico de la democracia.

Son varios los valores, y quiero referirme a otro, del que en una época se hablaba mucho más y que hoy es casi una rareza. Me refiero al civismo. Cuando la gente iba a votar —yo era chico y no votaba— se hablaba de la tradicional cultura cívica del pueblo uruguayo. Era una frase que se repetía muchas veces.

¿Qué es el civismo? Una acepción del diccionario dice que es el celo por los intereses y los valores de la patria. El centro de gravedad del concepto está en la patria, en preocuparse por lo que le pasa al común, a lo que formamos todos entre todos, por encima del interés personal, de lo que solamente nos atañe a nosotros. El civismo es la disposición a luchar por el bien común o por el interés general, según la fórmula que emplea nuestra Constitución.

Ese es un componente básico de la República, la que, según el artículo 1.º de la Constitución, es la asociación política de todos los habitantes comprendidos dentro de su territorio. Es una asociación. Los ciudadanos formamos una sociedad, a la que le llamamos república. Todos hemos escuchado alguna vez, aunque no tengamos nada que ver con el derecho y la abogacía, que las sociedades requieren lo que se llama *affectio societatis*, que es el ánimo de participar en algo en común, respetando

ciertas reglas o buscando objetivos comunes.

No somos una yuxtaposición, un estar un individuo al lado del otro, cada uno con su vida y lo único que le pide al de al lado es que no le pise el pasto, que no le raye el auto o que no lo moleste. La sociedad uruguaya, la ciudadanía, el cuerpo electoral, en definitiva, la nación, somos un colectivo. Y debemos tener clara la necesidad de trabajar por eso, por una contribución voluntaria y cotidiana al interés general, al bien común. Debe ser voluntaria porque, si no, no tiene gracia. Pagar impuestos no es un acto de civismo; es una obligación jurídica y hay que pagarlos porque, de lo contrario, después nos ejecutan.

Votar ha dejado de ser el cumplimiento de un deber cívico, espontáneo y voluntario porque ahora es obligatorio y, si no se vota, hay sanciones. Cambió la naturaleza, pero se requiere esa contribución voluntaria y cotidiana para sostener entre todos lo que es común y de interés de todos. Eso requiere a veces la ponderación y la prudencia en el ejercicio de nuestros derechos. No basta con que yo tenga un derecho, cuando lo uso tengo que pensar en el impacto que tiene ese derecho en la vida de la sociedad que yo integro.

El ejercicio ciego de los derechos puede producir consecuencias dañinas o desastrosas. Si cada cual se mete adentro de sí mismo, se dedica únicamente a lo suyo y desconoce todo el resto, falta esa base de apoyo de todos a lo que es común.

Insisto, no alcanza con que se trate de derechos. La Constitución dice que el Poder Ejecutivo puede en ciertas circunstancias aplicar medidas prontas de seguridad. Está en la Constitución, no es ningún acto totalitario, arbitrario ni cosa por el estilo. Pero si un gobierno aplica todos los días medidas prontas de seguridad, se arma lío.

No hago ningún juicio histórico sobre hechos pasados de otra época. Estoy prescindiendo de la cuestión histórica. Estoy hablando del plano conceptual. Si todos los días vamos a gobernar con institutos de excepción, la vida política se tensa, se distorsiona y eso termina mal.

La minoría en cualquier Parlamento puede interpelar a los ministros. En nuestra Cámara de Diputados se necesitan treinta y tres votos, o sea, la tercera parte. La oposición puede interpelar toda la semana, todos los días si quiere; está en la Constitución. Pero si una oposición va a interpelar a un ministro todas las semanas o dos por semanas —una en la Cámara de Diputados y otra en el Senado—, no hay gobierno posible. Pongo ejemplos gruesos para ser claro en lo que estoy diciendo. A veces, no alcanza con decir «me atengo a lo que es mi derecho», el civismo nos pide más, que es tener en cuenta el interés común, la causa común y ejercer nuestros derechos, actuar no perdiendo de vista eso que nos es común a todos. Eso nos exige superar inclinaciones personales, disgustos, antipatías y trabajar por la causa común.

En ese sentido, rescato la foto del otro día cuando en el Senado se recordó aquel 27 de junio. Ahí estaba el actual Presidente de la República, Julio María Sanguinetti, José Mujica y Luis Lacalle Herrera, tres expresidentes, muy distintos todos por su visión del país, por sus concepciones ideológicas, por su historia; pero estaban todos los presidentes juntos. Me parece de una enorme importancia. Se trata de ese ir hasta ahí y sentarse uno al lado del otro. No sé cuánto se quieren, capaz que no mucho, pero estaban los cuatro juntos. Esa es una contribución patriótica, una forma de demostrar civismo, una contribución a la causa común, que es la causa de la República.

A cincuenta años del golpe de Estado, tenemos que ayudar todos para que esto funcione y funcione bien. Esta democracia tenemos que defenderla, porque sin democracia no hay verdadera protección ni garantía para los derechos humanos. Cuando se produjo el golpe de Estado y vino la dictadura, Uruguay no denunció ninguno de los tratados internacionales que le imponían obligaciones en materia de derechos humanos. La Declaración de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas siguió estando ahí; los pactos, los acuerdos con la OIT, todo eso formalmente quedó.

No obstante, en los hechos, ¿qué pasaba? La violación permanente y gravísima de todos esos derechos, porque no alcanza con los textos ni con los organismos internacionales si no hay en el país instituciones que hagan respetar esos derechos, si no hay prensa libre, si no hay un Poder Judicial independiente, si no hay un Parlamento que exprese a la ciudadanía. Si eso no existe, todo es papel pintado.

No se pueden contraponer derechos humanos y democracia; forman un complejo indisoluble. Deben haber instituciones democráticas para la plena vigencia de los derechos humanos, y derechos humanos en plena vigencia para que sean legítimas y dignas las instituciones democráticas. No separemos una cosa de la otra; no comprometamos una cosa por la otra, porque nos vamos a quedar sin las dos, como nos pasó hace cincuenta años.

Creo que hemos aprendido mucho en estos cincuenta años, por algo estamos viviendo ahora el período más largo de vigencia de las instituciones democráticas que registra nuestra historia. Nunca desde 1830, hasta ahora, habíamos tenido un período tan extenso de vigencia permanente de las instituciones democráticas. Vigencia con problemas, con discusiones, con errores si se quiere; pero en la apreciación de conjunto —que es en definitiva lo que importa— podemos decir con orgullo todos —los de un partido y los del otro— que estamos viviendo el período más largo ininterrumpido de vigencia democrática que registra la historia del Uruguay.

Esto lo hemos hecho entre todos: quienes fuimos a votar en 1980 por el «NO» y los que votaron por el «SÍ» creyendo que era el mejor camino para recuperar algún día la democracia. Todos los que estábamos en el acto del Obelisco en 1983 y muchos de los que estaban en su casa y no se animaron a ir, queríamos que aquella hermosa consigna «Por un Uruguay democrático y sin exclusiones» se cumpliera.

Los demócratas de este país de todos los partidos, de todos los pelos y señales, hemos logrado esto que no lograron antes por diversas razones otros uruguayos; tan uruguayos como nosotros, tan patriotas

como nosotros, porque vivieron en otro tiempo y no lograron construir esta vigencia democrática de casi cuarenta años que tenemos nosotros hoy.

Creo que el gran mensaje en esta conmemoración es ¡por democracia siempre!

Muchas gracias.

(Aplausos).

SEÑORA PRESIDENTA. Vamos a solicitarles la señora Edila Mercedes Antía y a los señores Ediles Alfredo Lago y Gerardo Viña que se acerquen para entregarle presentes a Juan Martín de Posadas, a quien le pedimos que se vaya acercando para recibirlos.

(Se entregan presentes).

(Aplausos).

Convocamos a la señora Edila Susana Gásperi y a los señores Ediles Ruben Villafán y Alfredo Lago para hacer entrega de presentes al Senador Oscar Andrade, a quien le pedimos que se vaya acercando para recibirlos.

(Se hace entrega de presentes).

(Aplausos).

Convocamos a los señores Ediles Marcelo Pianzola, Alfredo Lago y Daniel Blanco para hacerle entrega de presentes al Diputado Ope Pasquet, a quien le pedimos que se vaya acercando para recibirlos.

(Se hace entrega de presentes).

(Aplausos).

Hemos entregado a los tres invitados el libro *Por la verdad histórica de San José*, escrito por Luis Caputi, *Entre rimas y vivencias* de Carmelo Editorial, Curbelo Soria, y obras de arte de Oscar Laguarda, Irma Álvarez y Daniel Martínez.

Queremos agradecerles a todos los presentes, sobre todo a los oradores.

◆ **SE LEVANTA LA SESIÓN**

SEÑORA PRESIDENTA. Damos por finalizada la sesión.

(Es la hora 20:55).

María Fernanda Castro
Presidenta

Andrés Pintaluba
Secretario General